


ELÍAS LOMELÍ LLAMAS

rofesor normalista egresado de la Escuela Normal Experimental “Rafael Ramírez Castañeda” de Nieves, Zacatecas. Estudió en la Normal Superior de Durango; en la UPN Unidad 145 de Zapopan, Jalisco, y la maestría en Investigación Educativa en la UAA. Por trece años fue docente de primaria y después se dedicó a la administración educativa. Ocupó puestos directivos y fue coordinador del Centro de Maestros 3207 de Nochistlán, Zacatecas. Es autor del libro *Reformas y educación. La instrucción primaria en Apulco y Nochistlán (1920-1940)*.

Recuerdos estudiantiles

Eran los últimos meses del ciclo escolar 1979-1980, cursaba el tercer grado de educación secundaria, que en esos años era el antecedente inmediato para ingresar a la Escuela Normal. Contaba entonces con 17 años y muchos deseos de seguir estudiando alguna carrera que me permitiera mejorar mi situación económica, social y cultural. Por las precarias condiciones de vida de la familia y por la concepción positiva que siempre he tenido de la educación, sabía que cualquier carrera mejoraría notablemente mis expectativas.

Soñé con una carrera universitaria, por mi origen y contacto que había tenido hasta entonces con el campo. Me imaginé poder estudiar agronomía; también pensé que la medicina sería muy útil a nivel personal y familiar, ya que mi madre, desde muy joven, presentaba problemas de salud y mi padre, por su edad, comenzaba a padecer dolencias de huesos. Hasta llegué a pensar que estudiar leyes sería una carrera interesante para mí, al recordar que un tío, hermano de mi padre, quería recuperar una propiedad de la familia que había sido arrebatada por un vecino adinerado de mis abuelos, quien, al enterarse de su atraso en el pago del impuesto predial, hizo las gestiones necesarias para adueñarse de su casita y un pequeño “muladar” que tenían en la comunidad de Las Ánimas.

Mi realidad me despertó y me señaló un solo camino: el magisterio. Pensé en la Escuela Normal Matías Ramos Santos de San Marcos cuando supe que era un internado exclusivo para hijos de campesinos, hijos de maestros y para personas de escasos recursos económicos en general. Más me entusiasmé al saber que allí no se pagaba nada y hasta la escuela les proporcionaba alimentación y hospedaje. Cuando me enteré que había que presentar cierta documentación que se solicitaba en la presidencia municipal y que varios compañeros de mi generación, por ser hijos de maestros reconocidos, tenían el pase automá-

tico a San Marcos, mis ilusiones se empezaron a derrumbar, pues yo no tenía un familiar que me apoyara con los gastos y me auxiliara en los trámites administrativos.

Por mi relación con un compañero de generación originario de El Palo Herrado, comunidad ubicada en la Sierra de Nochistlán, en los límites con Apozol, supe que, al otro lado de la sierra, hacia donde el sol se mete, se encontraba Juchipila y allí estaba una Escuela Normal. Javier –mi amigo y compañero– me había platicado que él ya conocía este pueblo, que allá tenía familiares y que, desde El Palo Herrado, localidad donde vivían sus padres, en remuda y hasta caminando se podía llegar a Juchipila en unas cuantas horas. Esta información abría una nueva puerta en mi proyecto personal de buscar dónde estudiar. Aunque de la Escuela Normal de Juchipila no sabía ni su nombre, ya era mi nueva opción para continuar mis estudios. Coordinado con varios compañeros, entre ellos Javier, empezamos a buscar información y a generar los medios para poder presentarnos al examen de selección.

Cuando comenté con mi madre, quien era mi único respaldo moral y, en la medida de lo posible, también económico, que necesitaba dinero para ir a Juchipila, porque allá quería estudiar la Normal, me expresó la dificultad para obtener el recurso que se requería para el viaje. Ante la insistencia de mi parte, la convicción de mi madre por apoyarme y la amenaza de irme caminando por la sierra si no conseguía dinero para viajar en camión, se endeudó con mi abuelo Juan, pero yo pude ir a presentar el examen.

Con gusto, emoción, expectación y sabe cuántos sentimientos más, salimos tres compañeros y yo rumbo a Juchipila, aquella mañana de agosto de 1980. A pesar de la relativa cercanía, el viaje se prolongaba mucho. Tomamos un viejo camión que salía de Nochistlán a las 7 de la mañana rumbo a Jalpa, pasando por Tlachichila, a través de un sinuoso camino de terracería, luego llegaba a Jalpa alrededor de las 11 y allí había

que esperar un camión Estrella Blanca que venía de la ciudad de Aguascalientes con rumbo a Guadalajara, el cual, en media hora, nos dejaba en Juchipila. Por el tiempo de espera en Jalpa y demás imprevistos llegamos a nuestro destino casi al medio día.

Lo que más me impactó al llegar a aquel lugar, para mí desconocido, fueron las altas palmeras que hay en su plaza principal. Se respiraba un aire cálido en aquel cielo azul intenso semicubierto de nubes grises. Se percibía un ambiente de provincia. A pesar de nuestra corta edad y situación de recién llegados, la gente fue amable y cortés con nosotros en todo momento. Después de recorrer la plaza y admirar su vegetación tipo costa, pensamos en buscar donde pasar la noche, ya que se requería descansar para presentarnos al otro día al examen de admisión a la Escuela Normal.

Sin mucho pensarlo, porque era la opción más económica, aceptamos la sugerencia de nuestro compañero Javier, en el sentido de ir a rentar un cuarto en el mesón, donde él y su padre solían hospedarse en los viajes esporádicos a Juchipila. Cruzamos el mercado municipal, llegamos ante un frondoso y enorme árbol, conocido como el palo verde, y por una calle pequeña que corre de oriente a poniente, la cual topa con el mercado, ingresamos a un espacioso zaguán un poco desaseado. Nos recibió una señora, quien, inmediatamente cuando supo el motivo de nuestra presencia, nos pasó a un cuarto que tenía desocupado. El mesón era un lugar donde generalmente pernoctaban los arrieros y sus remudas, por eso había ciertos descuidos en cuanto a aseo y servicios. Los dormitorios no tenían servicio de agua ni de sanitarios, sólo había un “baño” general, de fosa, para uso de todos los inquilinos.

Después de una hora de habernos acostado, cuando ya casi lograba dormirme, empecé a sentir una serie de piquetes y comezón por diferentes partes del cuerpo; no dije nada y sólo me di vueltas en la dura cama, buscando una posición más cómoda. Pasada la media noche se soltó una fuerte tormenta

eléctrica con mucho viento que volvió a despertarme. Los relámpagos y truenos de la tormenta, el ataque de las pulgas y el olor a polvo de las sábanas impidieron que tuviera un sueño continuo y reparador.

A pesar de la noche que habíamos pasado, nos presentamos a tiempo y con entusiasmo al lugar de la cita. La Escuela Normal estaba funcionando en las instalaciones de la actual Secundaria Estatal “Leobardo Reynoso”, por falta de edificio propio, y allí se realizó el examen. Terminamos rápido y ese mismo día pudimos regresar a Nochistlán y dormir en nuestras casas más cómodamente que en el mesón.

Pasada una semana, regresamos a Juchipila a ver la lista de resultados que se publicó en una mampara colocada en el pórtico de la escuela. Recuerdo que nos acompañó el profesor José Hernández, tío de uno de los sustentantes, quien iba con nosotros por si se requería algún apoyo en el remoto caso de que alguno no aprobara el examen. Llegamos a la puerta de la escuela con la respiración alterada por la emoción y por la subida tan prolongada que acabábamos de recorrer. Iba adelante Guadalupe, el Güero. Él fue el primero que encontró su nombre entre los aprobados y, sin pensarlo, emocionado y haciendo una señal de triunfo con su brazo derecho, gritó: “¡Tío, sí quedé!”, dirigiéndose al profesor que se había quedado más atrás.

Enseguida escudriñamos la lista con rapidez hasta que nos encontramos todos, excepto uno. Con tristeza nos enteramos que el nombre de Luisito aparecía por debajo de una línea de color rojo. Esto indicaba que él no estaba considerado como alumno de la Escuela Normal de Juchipila para el ciclo escolar que estaba por iniciar. Nadie hizo ningún comentario al respecto ni sabíamos a quién dirigirnos para solicitar una oportunidad para Luisito. Estaba claro que la presencia del profesor José era sólo si se requería “hablar” por su sobrino el Güero. Con cierta nostalgia nos regresamos a Nochistlán, había que prepararnos para el ingreso en menos de 15 días.

Todo el primer grado transcurrió sin novedad. Mi hermano mayor, quien se fue a Estados Unidos desde que yo ingresé a la secundaria, me enviaba, sin retraso y sin falta, 50 dólares mensuales para mi manutención. Mi madre, junto con el resto de mis hermanas, me apoyaron económicamente para complementar mis gastos escolares; asimismo, me dieron su apoyo moral para contrarrestar la indiferencia de mi padre, quien me juzgó como un desobediente e irreverente porque preferí salir a estudiar en lugar de seguir, como él, sembrando a “medias” la tierra de otro para poder sobrevivir.

En septiembre de 1981 iniciaba ya el segundo grado y hacía planes de que pronto llegaría a la mitad del camino en mi carrera como profesor. Transcurrieron los meses sin darme cuenta, porque nunca sentí que el estudio fuera pesado. Lo disfrutaba y aprovechaba; hasta me daba tiempo durante los sábados para ir a trabajar y ganarme unos pesos en un taller de sastrería del papá de uno de mis compañeros de grupo.

En la recta final del ciclo escolar 1981-1982 tuvimos discrepancias con algunos maestros por su forma de trabajar con nosotros y llegamos al acuerdo que dos de ellos no le dieran clase a nuestro grupo. El director accedió a nuestra petición, a pesar de que se trataba de su esposa y de uno de sus mejores amigos. Un maestro de Apozol, amigo nuestro, un fin de semana que fuimos de visita a su casa, nos alertó al respecto: “Muchachos, en reuniones con el director, se ha hablado del liderazgo que ustedes ejercen en el grupo. Se adjudica a los compañeros de Nochistlán el movimiento político que se observa en 2° A. Tengan cuidado, no se metan con la Liona”. Concluyó sonriente refiriéndose a la esposa del director. Nosotros, para blindarnos de alguna represalia, sólo nos propusimos estudiar más para no bajar el promedio de calificaciones y obviamente no reprobar ninguna materia.

Con ese antecedente, más un conflicto mayor que afectó a toda la escuela, llegábamos al final del ciclo escolar 1981-1982.

En el último mes de clases, en pleno periodo de exámenes finales, una noticia escandalizó a toda la comunidad escolar: se descubrió que un porcentaje muy alto de alumnos de diferentes grados tenían la “clave” de algunos exámenes. Para muchos alumnos de la escuela éste era un secreto a voces.

Rafael, un compañero del grupo nuestro, muy a menudo llegaba a la casa donde vivíamos varios de Nochistlán, nos mostraba un esténcil o varios, generalmente muy maltratados, donde se podía leer y constatar que se trataba de los residuos que las secretarias tiraban a los botes de basura después de hacer el tiraje de exámenes en el mimeógrafo. Según el dicho de Rafael, todo empezó de manera fortuita. Y explicó: “Estando cierto día en la dirección, observé que en el cesto estaba un esténcil donde se alcanzaban a leer algunos reactivos de Matemáticas. Aproveché un descuido de la secretaria que me atendía, lo cogí y me lo guardé debajo de mi camisa, con el fin de ir a leerlo en un lugar más seguro”.

Como generalmente este compañero no tenía libreta de apuntes, aunque era “bueno” para las matemáticas, buscó el apoyo con nosotros para poder contestarlo, memorizar la clave y así sacar una buena calificación. Y por nuestra parte, pues también hicimos el uso adecuado de aquélla y de las claves que posteriormente llegaron a nuestras manos.

Esta práctica se fue viciando, a tal grado que después, Rafael y otros, acudían intencionalmente a la dirección a buscar algún material de este tipo que les pudiera servir. Se presentaban por parejas y mientras uno llamaba la atención de las secretarias, el otro extraía de los botes de basura cualquier esténcil que estuviera a la vista. Luego de revisarlo, si no contenía algún examen del grado al que pertenecían, buscaban a compañeros de ese grado y se lo vendían. Por eso, en la última semana de exámenes finales, más de la mitad se presentó a este ejercicio con la clave total o parcial escrita en algún “acordeón”.

Como seguramente los maestros empezaron a notar muy buenos resultados en alumnos que generalmente no eran tan adelantados, también observaron que otros contestaban demasiado rápido y salían en poco tiempo del salón; finalmente detectaron el nerviosismo de algunos que no eran capaces ni de memorizar la clave. El problema estalló, el teatro se cayó y el director citó a reunión general urgente. Indignado, con una mirada penetrante, anunció:

—Todos están reprobados en los dos últimos exámenes que presentaron. Por la deshonra como estudiantes y para reparar el daño causado a la imagen de la institución, todo aquel alumno o alumna que se haya metido a la dirección a extraer los exámenes recibirá un castigo ejemplar: será expulsado de la escuela.

El director estaba seguro que alguien se había metido a la dirección forzando alguna ventana por la noche o al término de la jornada de trabajo; incluso llegó a pensar que el velador o algún conserje podían estar coludidos con los alumnos “ladrones”. En los escasos días que le quedaban al ciclo escolar, el director hizo uso de sus habilidades como detective, de sus conocimientos como adivino, de su influencia y coerción hacia algunos estudiantes sin obtener ningún resultado favorable.

El último día laborable del ciclo escolar, reunidos en asamblea todos los integrantes de nuestro grupo, tomamos el acuerdo de no comentar con ningún maestro lo que sabíamos acerca del problema, es decir, no delatar la participación de nadie, por mínima que fuera, y que solamente nos presentaríamos al examen o exámenes extraordinarios que nos correspondieran. En otros grupos se tomó un acuerdo similar y nos fuimos, con cierta incertidumbre de mi parte, a disfrutar de las vacaciones de aquel verano que nunca olvidaré.

A principios de agosto del año 1982, varios compañeros coincidimos en la escuela porque nos tocó presentar el mismo examen extraordinario. Para muchos de nosotros fue el prime-

ro y el último que hicimos, pero no fue motivo de vergüenza, fueron otras las circunstancias por las que estábamos allí. En algunos maestros se percibía una actitud revanchista, otros asumían un hermetismo sospechoso. Era un hecho que algo se estaba fraguando.

Por nuestra parte, hasta donde fue posible, sólo ratificamos el acuerdo de discreción y lealtad al grupo y nos regresamos a nuestro lugar de origen. No había pasado una semana cuando un telegrama llegó a mi domicilio solicitando mi presencia urgente en la escuela. Lo firmaba el director. Con nerviosismo, molestia y duda, otro día me presenté en la dirección de la escuela. Estaba solo en la dirección, solamente había una secretaria, quien, al verme llegar, se retiró a otro espacio. No había ni un solo alumno en la escuela, a los que tenía en su lista nos fue citando uno por uno. A pesar de llevar una relación cercana con él, cultivada a través del deporte, ese día me recibió con un tono agrio y descortés.

—Siento que el barco se me está hundiendo y quiero controlarlo antes de que zozobre —me dijo—. Un compañero tuyo ya me informó quiénes son los que se metieron a la dirección por los exámenes. Me dio tu nombre, el del Güero y otros de diferentes grados y grupos. Todos serán expulsados por un año de esta escuela y no podrán ingresar a ninguna otra hasta que cumplan su castigo —concluyó sarcástico.

Sentí que una sustancia caliente recorría todo mi cuerpo. Recordé al maestro Daniel cuando nos recomendó tener cuidado y no meternos con la “Liona”. Sabía que era una represalia por haber cuestionado su planta docente, entre ellos a su esposa, por inepta. Pensé en la explicación que tendría que dar a mi madre y a mis hermanos, principalmente al mayor, que me estaba ayudando económicamente. Me recuperaré de la impresión y luego, muy molesto, pero con valentía, le dije:

—Usted sabe que muchos alumnos teníamos clave. A mí me la dieron. Yo no me metí a la dirección por ella. Es injusto que me castigue así.

—Si tú no fuiste uno de los que entraron a la dirección por los exámenes, dime quién fue, tú lo sabes. Dímelo —me ordenó subiendo la voz.

Con resolución y lealtad al último acuerdo tomado en el grupo, expresé categórico:

—Como director, eso le toca investigar a usted, maestro. Yo sólo le pido que no castigue inocentes. Yo no me metí a la dirección por ningún examen —le volví a insistir—.

—Ya tengo una lista de 13 culpables, que tendrán que pagar; Jesús, el Milagros, te delató a ti, al Güero y a otros de diferentes grados. ¡Este asunto está casi concluido!

Cuando me enteré quién era el “soplón”, inmediatamente confirmé que se trataba de una venganza por parte de ambos. El director aprovechó maquiavélicamente la ocasión para deshacerse de dos alumnos de 2° A que ejercían un liderazgo que a él no le convenía. Jesús, el Milagros, quiso matar dos pájaros de una pedrada. Por una parte, se desquitó de nosotros, de quienes siempre sintió envidia y celo académico; por otra, quedó bien con el director, quien —después supe— le había prometido resolver su situación de alumno irregular, por exceso de materias reprobadas, si le decía quiénes habían extraído exámenes de la dirección.

Después de confirmar que se trataba de una revancha política y ante mi vulnerabilidad con la autoridad de la escuela, con quien sabía que tenía la batalla perdida, decidí cambiar de estrategia y quemar mi último cartucho en aras de un cambio de opinión, por no defraudar a mi familia que tenía sus esperanzas puestas en mí. Entonces repliqué:

—De acuerdo, maestro —le dije en tono conciliatorio, pero viéndolo a la cara—, todos cometemos errores y más cuando se es joven, yo reconozco que tengo algo de responsabilidad

en este asunto. Deme una oportunidad y verá que sé agradecer cuando me brindan su apoyo y confianza.

Me ignoró, se quedó serio, me miró de frente y seguro saboreó su venganza. Al verlo, inmediatamente supe que me había equivocado al pedirle una última oportunidad, pero ya era tarde para arrepentimientos. Confirmé que estaba ante un ser insensible y vengativo. Con desdén, categórico me dijo:

—Esto no tiene vuelta de hoja, así está y así se queda, tú te vas expulsado de la escuela y que te sirva de escarmiento.

Ya no insistí más, salí cabizbajo de la dirección, creo que ni me despedí, me iba expulsado de la escuela; el coraje y la impotencia se hicieron presa de mí, no lloré por mi orgullo y rebeldía juvenil, pero ganas no me faltaron. Caminé hacia la carretera sin saber a dónde ir. Esa decisión, ese “error”, truncaba mis ilusiones. ¿Cómo explicarles esto a mis padres? Pensaba, mientras caminaba a pie rumbo a Juchipila. Al llegar al pueblo y preguntar por el Milagros, me informaron que se había ido para Estados Unidos, decepcionado porque el director no le cumplió la promesa de reinstalarlo en la escuela, a pesar de que él sí cumplió con su parte. También se desapareció por el temor de que los afectados por su denuncia dolosa lo buscáramos para arreglar cuentas, y eso que no denunció a Rafael, el Tiúl, quien sí había tenido una participación más directa, pero tenía fama de violento. Seguro esto pesó para que su nombre no apareciera en la lista de expulsados.

Este golpe emocional, sentimental y profesional marcó para siempre mi vida. Desde entonces reconocí que había perdido una batalla, pero la guerra contra la injusticia, la prepotencia y las adversidades para abrirme paso en la vida apenas iniciaba. Aprendí que las caídas fortalecen el carácter y son una ventana importante de oportunidades.

La noticia al interior de mi familia fue tomada con resignación y respeto. No hubo comentarios ni reproches, todo siguió en aparente normalidad. La confianza en mí se refrendó, de tal

forma que, desde entonces, hasta mi padre, que se había mantenido ajeno a mi vida de estudiante, me manifestó su apoyo y su confianza para que enfrentara esta problemática como yo lo decidiera.

“Resignado” a mi suerte, en el año de “descanso forzado” me dediqué a trabajar en un taller de sastrería, oficio que había aprendido desde que estudiaba en la secundaria.